

El futuro de la democracia: crisis, reacción, metamorfosis

TOMÁS BOROVINSKY | tborovinsky@unsam.edu.ar

Escuela Interdisciplinaria de Altos Estudios Sociales, Universidad Nacional de San Martín y Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas

| Resumen

En el presente artículo buscamos pensar en perspectiva la crisis de la democracia contemporánea a la luz tanto de los acontecimientos recientes a nivel global como desde la historia política de la misma. Para esto primero revisitamos la controversia sobre los vínculos entre élite y público en el debate entre Walter Lippmann y John Dewey bajo la “democracia de masas” de la primera mitad del siglo XX. Luego pasamos a pensar este debate a la luz de la que denominamos como la “democracia de la era de la información”, junto a autores como Martin Gurri y Roberto Mangabeira Unger, para pensar la crisis y las reacciones en el interior de la democracia contemporánea. Finalmente proponemos una serie de escenarios posibles para imaginar el futuro de la democracia.

Palabras clave: Democracia, Crisis, Reacción, Metamorfosis

The future of democracy: crisis, reaction and metamorphosis

| Abstract

In this article we seek to think about the crisis of contemporary democracy in perspective considering recent events at a global level and from its political history. For this, we first revisit the controversy over the links between elite and public in the debate between Walter Lippmann and John Dewey under the “mass democracy” of the first half of the 20th century. Then we move on to think about this debate in the light of what we call the “democracy of the information age”, together with authors such as Martin Gurri and Roberto Mangabeira Unger, to think about the crisis and the reactions within contemporary democracy.

Keywords: Democracy, Crisis, Reaction, Metamorphosis

“Mientras la Gran Sociedad no se convierta en una Gran Comunidad, el Público seguirá eclipsado. Solo la comunicación puede crear una gran comunidad. Nuestra Babel no es de lenguas, sino de signos y símbolos sin los cuales es imposible la experiencia compartida.”

John Dewey

“En la mayoría de los países, nadie supone que las grandes organizaciones son algo distinto de lo que parecen: herramientas organizacionales de los insiders, atemorizados o codiciosos, que tratan de resistir contra todos los outsiders.”

Roberto Mangabeira Unger

| 1. El fin de las garantías

1989 es el año de la caída del muro de Berlín, pero también coincide con la publicación del paper, luego convertido en libro, de Francis Fukuyama: “¿El fin de la historia?” Ahí el pensador estadounidense sintetizaba una época, de hecho, el paper es anterior a la caída del muro, signada por el triunfo de la democracia liberal (Fukuyama, 1989). Pero ¿en qué consistía este fin de la historia de Fukuyama? Decía el autor que con la caída del comunismo se asistía al punto final de la evolución ideológica. Como dice Fukuyama:

Lo que podríamos estar presenciando no sólo es el fin de la guerra fría, o la culminación de un período específico de la historia de la posguerra, sino el fin de la historia como tal: esto es, el punto final de la evolución ideológica de la humanidad y la universalización de la democracia liberal occidental como la forma final de gobierno humano.

Siguiendo esta lógica era una cuestión de tiempo para que todo el globo adquiriera la forma de gobierno liberal democrático bajo una economía capitalista. Porque como dice Slavoj Žižek, “es fácil reírse de la noción de Fin de la Historia de Fukuyama pero hoy la mayoría es fukuyamista: el capitalismo liberal-democrático es aceptado como la fórmula final de la mejor sociedad posible, donde todo lo que queda es hacerlo más justo, tolerante, etc” (Žižek, 2009: 2008). Pero si bien, a favor de Fukuyama, es cierto que nadie parece todavía hoy tener una propuesta superadora al capitalismo, ni siquiera cuando el poder es alcanzado por alternativas de izquierda, lo cierto es que la democracia liberal como régimen político no parece haberse expandido irreversiblemente como él y muchos imaginaron. Fuimos de Fukuyama a los atentados del 11 de septiembre del 2001, pasando por guerras en los Balcanes y en Ruanda. Fuimos del supuesto fin de los conflictos políticos, y la *pax americana* de la pos Guerra Fría a los indignados (2010), la primavera árabe (2011), Donald Trump (2016), el Brexit (2016) y los chalecos amarillos franceses (2018), la rebelión juvenil chilena (2019) y el triunfo de Javier Milei (2023), entre otros, atravesados por la pandemia (2020). Todo muy lejos de un tiempo pacífico, aburrido y nostálgico como el que imaginó Fukuyama. Más allá de todo esto en aquel tiempo (1989) había referentes claros de a dónde había que ir: la democracia liberal era el destino final, el inmejorable régimen político. Porque los modernos, a diferencia de los antiguos, creemos que los regímenes políticos perfectos son realizables, que la Justicia perfecta es posible y deseable (Strauss, 2011: 58). Hoy, en cambio, asistimos a un momento de desorientación general con una democracia, supuestamente, en crisis.

Hubo diferentes olas de democratización a lo largo del tiempo. La primera y la segunda ola, según Samuel Huntington ocurrieron entre el siglo XIX y principios del XX, y luego de la Segunda Guerra Mundial. Luego advino la que el autor denomina la “tercera ola democrática” (Huntington, 1991). Así nos encontramos con la del sur de Europa en la década de 1970, la sudamericana en la de 1980 y la de Europa del Este en la de 1990. Como explica Larry Diamond siguiendo a Samuel Huntington:

Cuando comenzó la tercera ola en 1974, sólo alrededor del 30 por ciento de los estados independientes del mundo cumplían los criterios de la democracia electoral: un sistema en el que los ciudadanos, a través del sufragio universal, pueden elegir y reemplazar a sus líderes en elecciones regulares, libres, justas y justas. elecciones significativas. En aquel momento, sólo había unas 46 democracias en el mundo. La mayoría de ellas eran las democracias liberales del rico Occidente, junto con una serie de pequeños estados insulares que habían sido colonias británicas (Diamond, 2015: 141).

Desde ese tiempo hubo grandes avances y ampliaciones democratizadoras. Pero, según diversos autores, llegamos a una meseta a principios de este siglo y nos encontramos en una “recesión democrática” (Diamond, 2015). ¿Qué pasó? Muchas cosas han cambiado desde el inicio del siglo XXI. Como veremos más adelante, comenzamos a experimentar una verdadera estampida de información exponencial que tendría efectos en lo social y en lo político (Gurri, 2023). Además, en lo económico, en la última década y media asistimos a una crisis en el año 2008 (Tooze, 2018) que implicó un quiebre, de algún modo suave, con el ciclo económico iniciado en 1973 (Gerstle, 2022). Esta combinación, como ampliaremos más adelante, de agotamiento económico y generalización tecnológica gracias a los teléfonos inteligentes y las redes sociales aceleró y produjo un clima de agitación política que marca a fuego la situación política en general y la democrática en particular.

Por supuesto que siempre hay particularidades nacionales, pero también grandes fuerzas globales de las cuales podemos encontrar rastros aquí y allá. Porque si bien toda política local se explica por lo que pasa ahí mismo, no hay que bajarle el precio al espíritu del tiempo general con el que vivimos entrelazados. Por eso es tan interesante pensar lo que podemos denominar como la “reacción contemporánea”, de la que hablaremos más adelante (que no es exclusivamente conservadora), como un gran fenómeno de superficie que emerge de grandes transformaciones de la opinión en un marco de agotamiento general (lo económico, lo político, lo cultural), en lo local y en lo global. Hay una sincronización entre lo que ocurre en distintas partes del mundo. Una música general que suena en el mundo, en la que la disrupción tecnológica contemporánea pone su granito de arena.

| 2. Las élites y el público bajo la democracia de masas

La bibliografía politológica despliega con su propio léxico su historia de la evolución de la democracia moderna a lo largo del tiempo. Según algunos de estos autores partimos de una democracia donde las elites se votan entre sí, una “democracia de notables” que a fines del siglo XIX eran democracias restrictivas y expulsivas de partes considerables de la población que pujaba por ingresar a la discusión sobre los asuntos públicos y el poder. Luego pasaríamos a una “democracia de masas”, signados por la irrupción de las masas en la esfera pública y la política partidaria, donde habría por un lado un fuerte

componente integrador de las mismas en la participación del poder, en comparación con la “democracia de los notables”. Como dice Bernard Manin:

La ampliación del electorado resultante de la extensión del derecho de voto imposibilita una relación personal con los representantes. Los ciudadanos ya no votan a alguien a quien conocen personalmente, sino a alguien que lleva los colores de un partido. Los partidos políticos, con sus burocracias y redes de militantes, fueron creados con el fin de movilizar a un electorado ampliado. Cuando se formaron los partidos de masas, se creía que iban a llevar a los cargos políticos al «hombre común». El auge de tales partidos no sólo parecía señalar la «desaparición de los notables», sino también el fin del elitismo (Manin, 2006: 139).

De cualquier modo, éstas seguían siendo sociedades verticalistas, e industriales, en lo relativo al poder, la participación y el acceso a la información. Pero más allá de lo sostenido por autores como Bernard Manin, una de las claves más interesantes para tomar el pulso de la democracia en general y la contemporánea en particular es ingresar por el lado de la tensión entre élites y público a lo largo del tiempo. Y Walter Lippmann es uno de los grandes pensadores para investigar el rol de las élites en las democracias modernas. El autor parte de una preocupación fundamental que pasa por el vínculo entre expertos y público, marcado por la influencia del evolucionismo y el vitalismo en su época, y por los riesgos de la democratización y la necesidad de defender el régimen en un tiempo turbulento como es la década de 1920. Lippmann partía de la base que la revolución industrial había creado una inédita desadaptación de los humanos que explicaba las patologías sociales y políticas de la época y cuya respuesta debía ser justamente “la acción política como una intervención artificial, continua e invasiva sobre la especie humana, con el fin de readaptarla a las exigencias de su nuevo ambiente” (Stiegler, 2023: 15). Su objetivo consistía en constituir un gobierno capaz de dirigir las experiencias de largo alcance para superar ese “retraso” de la especie humana en su propia evolución (Stiegler, 2023: 16).

Lippmann propone una democracia de expertos en la que la élite se ocupa de crear símbolos a modo de propaganda para guiar al público (Lippmann, 2020: 100), una especie de noble mentira platónica cincelada por poetas. Como dice Bruno Latour “Lippmann comienza con una observación que ha sido la base de todas las críticas a la idea democrática a lo largo de los tiempos: a los ciudadanos se les pide que se preocupen por asuntos para los cuales carecen de la capacidad mental para manejar” (Latour, 2024: 46). Dice en *The Phantom Public* “cuando recordamos que el público está formado por hombres ocupados que leen periódicos durante aproximadamente media hora al día, no es cruel sino simplemente prudente negar que pueda hacer justicia detallada” (Lippmann, 1993: 119). Sin embargo, es en *Public Opinion*, su obra más influyente, que Lippmann lleva sus argumentos al paroxismo.

Contra Lippmann escribe un filósofo que lo había influido fuertemente: John Dewey. Junto a William James, con quien compartían amistad y pragmatismo, Dewey, mucho más comprometido que James con la política de su tiempo, era uno de los intelectuales estadounidenses más importantes de la época. Si bien Lippmann y Dewey tenían grandes diferencias, como dice Barbara Stiegler, para ambos “resulta urgente reconstruir un modelo democrático a la altura de los desafíos de la Gran Sociedad Industrial” (Stiegler, 2023: 92). Pero Dewey veía en Lippmann una mirada demasiado superficial sobre el público y encontraba contradicciones en lo relativo a la organización social.

Frente a Lippmann, Dewey, propone una reapropiación por parte del público de la comunicación social general porque para alguien como él “no hay forma de reconocer una experiencia como verdadera si no es conducida por la inteligencia colectiva de los públicos” (Stiegler, 2023: 16). Sin embargo, más allá de todas sus diferencias, el debate Lippmann-Dewey, no deja de ser un debate al interior del pragmatismo americano. Ambos tienen una mirada “experimentalista” al afrontar la “investigación” con consecuencias políticas divergentes. Como mencionamos más arriba, la teoría de la evolución cumple un rol fundamental en lo que separa a Dewey y Lippmann. Si para Dewey la continuidad de la vida implica la readaptación del ambiente a las necesidades del organismo, para Lippmann, contrariamente, la vida implica la adaptación del organismo al ambiente. Dewey aquí hace una interpretación de las cosas más vinculada a Charles Darwin mientras que Lippmann parece estar más influenciado por Wallas Graham. Y esto tiene consecuencias para la controversia ligada al vínculo entre élites y público y la democracia.

Dewey dice que considerando las instituciones políticas heredadas “si son demasiado complejas y están demasiado institucionalizadas, obstruyen la organización del nuevo público” (Dewey, 2004: 73). Como también dice Dewey, “la industria y los inventos tecnológicos, por ejemplo, crean unos medios que alteran sustancialmente la cantidad, el carácter y el lugar del impacto de sus consecuencias indirectas” (Dewey, 2004: 73). El impacto sobre las organizaciones y las instituciones de la tecnología será, en parte tomando a Dewey, la perspectiva de Martín Gurri de la que hablaremos más adelante. Una vez más Dewey dice que “para formarse, la vida pública ha de romper las formas políticas existentes” (Dewey, 2004: 73). Porque después de todo “los afectados indirecta y seriamente para mal forman un grupo lo bastante distintivo como para exigir un reconocimiento y un nombre. El nombre escogido es El Público” (Dewey, 2004: 75). Siempre, desde esta perspectiva y con este paradigma, encontramos élites y público, pero las innovaciones tecnológicas afectan los vínculos entre unas y otras que impactan en el régimen político y su futuro. Tiempo después del debate Lippmann-Dewey, en las últimas décadas del siglo XX, se formará un nuevo tipo de democracia que autores como Manin denominarán “democracia de audiencias”. Básicamente: el gobierno de los expertos en medios de comunicación, entendiendo por medios fundamentalmente a la televisión. La verticalidad continuaría con la “democracia de audiencias” pero poco a poco iría dejando paso a un nuevo mundo forjado por un estallido exponencial de información (Gurri, 2023) inédito y del que ya no habría vuelta atrás, en el que ni las elites en general ni los expertos en particular podrían contener.

| 3. La democracia de la era de la información

Decía John Dewey, en *The Public and its Problems*, que “los miembros de un público latente disponen de muchas formas de divertirse, y de trabajar, demasiadas para poder pensar en organizarse como un público de verdad” (Dewey, 2004: 132). Como dijimos, Dewey percibe la importancia de la innovación tecnológica de su época. Dice que el hombre es un animal político pero que también es un animal que consume y disfruta. ¿Qué ve en su tiempo? Una democratización de la diversión y el entretenimiento debido al abaratamiento de los precios del espectáculo. El cine, la radio, las ediciones populares de libros, etc. La política pierde fuerza porque en el tiempo libre se consume entretenimiento: “los elementos políticos de la constitución del ser humano, aquellos que tienen que ver con la ciudadanía, quedan arrinconados” (Dewey, 2004: 132). Hay, por tanto, para Dewey, una especie de riesgo de atontamiento

o apoliticidad de la era industrial que incluso podría ser funcional con la mirada más “elitista” de Lippmann. Pero remarca, en una observación contra-lippmanniana, que los males son más culpa de las élites que de las masas.

Ahora bien, en las últimas décadas, comenzamos a vivir un tiempo de grandes transformaciones. Una época convulsionada por disrupciones de todo tipo. Marshall McLuhan percibió estos cambios muy tempranamente en su clásico *The Gutenberg Galaxy* de 1962. Ahí dice que:

Estamos hoy tan adentrados en la era eléctrica como los isabelinos ingleses lo estaban en la era tipográfica y mecánica. Y estamos experimentando las mismas confusiones e indecisiones que ellos padecieron al vivir simultáneamente en dos formas contrapuestas de sociedad y experiencia (McLuhan, 1998: 7).

Seis décadas después Bruce Ackerman advirtió otros impactos políticos y sociales, desde la teoría política y constitucional, en un tiempo todavía signado por la era Barack Obama. *The Decline and Fall of the American Republic* es un libro escrito al calor de cierta decepción que generó, en parte del arco progresista estadounidense, el inicio del gobierno de Barack Obama, que tantas expectativas y esperanzas había despertado. Como en otras obras importantes, como *We the people*, Ackerman hace una lectura política de la historia estadounidense. Pero aquí además de desarrollar una teoría histórico-política de los Estados Unidos pone el foco en el rol de las nuevas tecnologías. Señala Ackerman, adelantándose a muchos de los estudios que ahondaran sobre esta cuestión en tiempos más recientes, debilitan el poder tradicional de las élites. Si en un principio las propias élites jugaban un rol de custodia de la moderación del régimen y de los liderazgos, la “democratización” producto de las nuevas tecnologías y el “aplanamiento” que estás implican, engendrará una nueva era política. El autor pone el foco en el caso de MoveOn.org, un movimiento que funcionó al modo de una “virtual primaria” en la que participaron más de 300.000 personas. Un movimiento popular democratizador y dinamizador de la participación para la campaña de Obama, que en su momento pudo apalancar al primer presidente afroamericano contra el *establishment* del partido encarnado en la Familia Clinton pero que luego puede servir de plataforma de despegue para nuevos líderes *outsiders*, como Donald Trump puede servirnos de ejemplo. Porque después de todo, las nuevas condiciones que brinda internet pueden acelerar las tendencias hacia la polarización y, enfatiza el autor, arrastrar a ambos partidos (republicanos y demócratas) hacia el extremismo (Ackerman, 2010: 15). Además, la tendencia al unilateralismo presidencial, como resultado de largo alcance de una tendencia hacia la centralización del poder en el presidente, es una característica más de los grandes problemas presidenciales de las democracias contemporáneas que sienta las bases para la “deconstrucción del Estado administrativo” (Plot, 2019: 229). Estas son tendencias que podemos encontrar en muchas otras democracias del mundo.

¿Cómo es posible que las redes y las nuevas formas de circulación de información y luego de generación de contenido adquieren tanta importancia? Según un estudio de la Universidad de Berkeley (Lyman y Varian, 2003), en el año 2001 hubo tanta información nueva como la que había habido hasta ese año de la historia de la humanidad. Este es el punto de partida de *The Revolt of the Public*, intento novedoso de reactualizar *La rebelión de las masas* de José Ortega y Gasset, de Martin Gurri:

Se había generado más información en 2001 que en toda la existencia previa de nuestra especie sobre la Tierra. De hecho, las cifras de 2001 duplicaban el total precedente. Y 2002 duplicaba la cantidad presente en 2001, al agregar cerca de 23 exabytes de información nueva, el equivalente aproximado de 140 000 colecciones de la Biblioteca del Congreso de los EEUU. El crecimiento de la información había sido históricamente lento y aditivo. Ahora era exponencial (Gurri, 2023: 19).

En este marco, hay una crisis de las jerarquías y el centro y la red se encuentran en permanente tensión. A este gran momento de crisis Gurri lo denomina la Quinta Ola y dice que contra la “ciudadela del *statu quo*” la Quinta Ola ha levantado la red, esto es, la rebelión pública organizada por aficionados conectados entre sí gracias a los teléfonos inteligentes y las redes digitales. Dice además que “otra manera de caracterizar la colisión entre los dos mundos es como un episodio de la disputa primordial entre el *Centro* y la *Frontera*” (Gurri, 2023: 74). Para Gurri “Centro” y “Frontera”, conceptos que el autor recupera de Mary Douglas y Aaron Wildavsky (Douglas y Wildavsky, 1985), son arquetipos que sirven para pensar estructuras, ideales y creencias de diversos grupos a la hora de operar sobre su presente apuntando al futuro. El Centro está dominado por organizaciones grandes y jerárquicas y concibe el futuro como una continuación del *statu quo*, provisto de un programa político que proteja esta visión. La Frontera, en cambio, está compuesta más bien por “sectas” o redes. Son asociaciones voluntarias entre iguales cuya razón de ser es oponerse al Centro. Su razón existencial es más estar en contra que tener propuestas muy concretas. Fundamentalmente, no tienen ningún interés en gobernar ni desarrollan ninguna capacidad para ejercer el poder. Como dice Gurri, “para la Frontera, el rango significa desigualdad, y la jerarquía significa conspiración. En lugar de articular programas alternativos a los del Centro, las sectas proponen un *modelo* de la conducta exigida por la “sociedad buena o santa” (Gurri, 2023: 74). Desde esta perspectiva “hacer un programa es una estrategia del centro; atacar un programa del centro en nombre de la naturaleza, Dios o el mundo es una estrategia de la frontera” (Douglas y Wildavsky, 1985: 1591). Cada miembro de la “secta” necesita “una imagen del mal amenazante a escala cósmica: el futuro es siempre apocalíptico. La Frontera reconcilia de algún modo la fe en la perfectibilidad humana con la certeza calma de que la aniquilación está a la vuelta de la esquina” (Gurri, 2023: 75).

Siguiendo la hipótesis de Gurri podríamos decir que antes para entender qué pasaba en el mundo bastaba con leer una serie de diarios consagrados. Las sociedades industriales eran más verticales y si uno quería saber qué pasaba en Francia podía leer *Le Monde* y *Le Figaro*. En España, *El País* y *La Vanguardia* o el ABC. En Argentina, *Clarín*, *La Nación* o *Página/12*. En Chile, *El Mercurio*. Hoy eso es imposible. Los grandes diarios ya no representan ni funcionan como lo hacían en el siglo XX. Esto aplica también a la televisión o la radio. Por supuesto que son mediaciones importantes de la sociedad contemporánea, pero lo mismo podríamos decir de otras tantas mediaciones o instituciones: ya no tienen la potencia que supieron tener. Y para las elites (gobierno, prensa, universidades, etc) esto es una cuestión de vida o muerte. Gurri tiene una especie de preocupación de corto plazo y un optimismo de largo plazo. Pero estamos en el presente y hoy lo que prima es la sensación de crisis, confusión y la reacción.

| 4. La reacción contemporánea

Vivimos en sociedades insatisfechas que reaccionan a los sistemas de partidos y a los modos en los que somos gobernados, y se cuestiona la autoridad en general. Un tiempo en que personas comunes

se sienten alienadas de las grandes instituciones de la vida moderna: el gobierno, los medios de comunicación, las universidades. Pasamos de la sociedad industrial fordista, donde uno podía elegir el auto que quisiera siempre y cuando uno quisiera un Ford negro, a un modelo que podríamos definir como más *on demand*. Esta tendencia y sus consecuencias pueden percibirse en lo productivo, pero también en la organización social general, hasta en las familias y la escuela, y por supuesto en las demás relaciones de poder y consumo y la generación de contenido. Asistimos a una crisis de la autoridad de proporciones. Si el siglo XX industrial se caracterizó por modalidades verticalistas de la difusión de la información y el saber, dirigidas de arriba hacia abajo, el siglo XXI se caracteriza más por dinámicas que van de abajo hacia arriba. Experimentamos, como dijimos antes, un tiempo en que las elites han perdido el monopolio de la información que supieron tener y asistimos a una especie de crisis o cuestionamiento masivo. Por supuesto que el problema de la desconfianza es un fenómeno muy estudiado desde hace décadas (Rosanvallon, 2006: 221). Porque después de todo la “confianza” misma es un concepto capital, junto a otros como “división social del trabajo” o “solidaridad”, tanto de la teoría social como de la sociedad moderna. Pero en los últimos años asistimos a la irrupción o retorno de la ira como problema político.

Sin embargo, la ira no es nueva para nosotros (Sloterdijk, 2010). Ocupa un lugar tan central en la cultura occidental que la primera frase de la tradición europea, en la *Ilíada*, dice así: “la ira canta, oh diosa”. Pero hoy el mundo vive un momento particular de grandes iras públicas. Tsunamis contra el *establishment*, el orden establecido y la sociedad como la conocemos que aceleraron con fuerza luego de la ya mencionada crisis del 2008 que afectó a todo el planeta. Pero, aunque tienen de enemigo al *establishment*, no siempre se reacciona a lo mismo. Como dijimos antes, líderes como Donald Trump, Jair Bolsonaro, Santiago Abascal, Antonio Kast, Viktor Orbán, Javier Milei y tantos otros tienen múltiples elementos comunes. Hasta hay una mimesis que va de los líderes políticos a los referentes de opinión de las redes sociales.

De ahí la importancia de pensar en este contexto los conceptos arriba desarrollados de Centro y Frontera (Gurri, 2023: 74). La reacción contemporánea se organiza en red y está fundamentalmente “en contra”. En ese sentido los *occupiers* de Wall Street fueron las perfectas criaturas de la Quinta Ola (más que los indignados de Madrid). Los *occupiers* se organizaron en las redes para ocupar el espacio público y mostrarlo en las redes una vez más. De este modo vale la pena analizar en un mismo *zeitgeist* eventos que van de los “chalecos amarillos” franceses de 2018 a la insurrección chilena de 2019, hasta llegar al posterior debilitamiento de gran parte de los gobiernos que administraron la pandemia del COVID-19. Además, un fantasma anti-casta recorre diversos países del mundo hace años. Desde la izquierda (Podemos luego del 11-M en España) y desde la derecha (Javier Milei luego de la pandemia en Argentina). Las nuevas derechas radicales viven un momento de gran vitalidad gracias a cierta percepción de un agotamiento de modelos económicos y culturales, pero también ayudados y acelerados por las redes sociales que conectan en forma acelerada nodos de pensamiento y acción diversos. Hay en los últimos años una crisis de los partidos políticos tradicionales que es estimulante leer desde esta óptica. Las redes sociales son un área vitalísima de la esfera pública. Es una verdadera ampliación del campo de batalla. Aunque con perfiles y velocidades distintas, Trump y Milei comparten un pasado como estrellas de la TV que desembarcan en las redes sociales.

La reacción contemporánea hoy es clara y evidente, pero hasta hace no tanto era un fenómeno subterráneo, potencial, virtual. Sin embargo, una pequeña constelación de pensadores más o menos afines percibieron lo que se venía. Christopher Lasch, autor de *The Betrayal of the Elites*, otro intento de actualización de José Ortega y Gasset, entre otros, recupera en la década de 1990 al debate Lippmann-Dewey y sostiene que el modelo lippmanniano había cercenado las capacidades democráticas en favor de una élite de expertos (Lasch, 1995: 11). Lasch dice que en Lippmann, en una concepción del rol del periodismo cara a Estados Unidos, “los argumentos son lo que ocupa el lugar en ausencia de información. Lippmann así había olvidado lo que había aprendido de William James y John Dewey” (Lasch, 1995: 170).

En ese mismo sentido, a fines de la década de 1990 y principios de los 2000, el filósofo estadounidense Richard Rorty también se adelantó a su época. En un tiempo de predominio de la izquierda cultural en un contexto de fuerte liberalización de la economía, considerando las consecuencias sociales de las mismas, alertó sobre la posibilidad que este crash fuera un cóctel explosivo para el régimen liberal-democrático estadounidense. En su libro *Achiving our country*, decía que si Estados Unidos seguía por ese camino los estadounidenses no aguantarían más:

Algo tiene que reventar. El electorado que no vive en los barrios residenciales decidirá que el sistema ha fallado y empezará a buscar por ahí un hombre de hierro al que votar, alguien que les asegure que, cuando sea elegido, los burócratas engreídos, los abogados liantes, los corredores comerciales con sueldos desproporcionados y los profesores posmodernistas no seguirán teniendo la sartén por el mango (Rorty, 1999: 83).

Efectivamente, años después, algo reventó. Y en Argentina, específicamente, también, aunque la historia fue algo diferente (Borovinsky, 2023a). Vivimos cuarenta años de democracia que fueron institucionalmente exitosos, una transición que fue una referencia en la construcción de un régimen político de sucesivas ampliaciones de libertades década a década. Pero ese mismo régimen estuvo atravesado por medio siglo de fracasos económicos en los que la Argentina fue uno de los países que menos creció, con pocos intervalos de crecimiento, casi excepcionales (en la década de 1990 y en los años de la salida del 2001). Como dijimos en otro lugar:

El 2023 se encontró atravesado por el agotamiento de un régimen democrático que hizo de la incertidumbre económica algo por completo intolerable y por la irrupción de Milei como un líder que enuncia soluciones críticas del régimen nacido en 1983 (de su entrelazamiento entre la promesa de democracia social y la afirmación del “Nunca Más” como rechazo a las violencias precedentes). El presidente electo surge, entonces, de las cenizas de las tres últimas gestiones fracasadas. Es de esas desesperanzas que nace la nueva esperanza liberal-libertaria. El persistente deterioro de las condiciones de vida de la población, la oligarquización del sistema político y la incertidumbre social generalizada alimentan el rechazo por lo que el mileísmo llama “casta” (Borovinsky, Plot y Slipak, 2024: 184).

Hay una sensación de agotamiento generalizado, pero en cada lugar puede percibirse diferente qué es lo que está agotado. En los Estados Unidos pre-Trump era el modelo económico globalista de libre mercado que habría dejado en el camino a los trabajadores estadounidenses. En Argentina, un modelo

económico de fuerte participación del Estado en la economía y de altos impuestos que “le pisa la cabeza a la gente” en tiempos de estanflación. Pero, de cualquier forma, en ambos casos, con sus diferencias, persiste una reacción a cierto tipo de progresismo cultural diferencialmente dominante en las élites (Stefanoni, 2021). Es esa contradicción cultural, más allá del rechazo de realidades económicas, la que hace cortocircuito con la dinámica económica y social (Semán y Welschinger, 2023: 187).

No es casualidad que vivamos un momento en que los públicos premian la “autenticidad” y que al mismo tiempo las teorías conspirativas estén tan en auge. Hay una desregulación de la búsqueda de la verdad. Son indicadores de la crisis de las mediaciones contemporáneas que mencionamos antes. Y si bien la pandemia fue un acelerador de algunas tendencias culturales que venían de antes el 2016 fue también un año bisagra. Hasta ese año Obama aún podía decir que al dejar el poder se mudaría a California y se dedicaría a ser un empresario tecnológico. Era todavía un momento “brillante” de Silicon Valley y las tecnológicas californianas que todavía no se habían puesto “oscuras”. De ahí pasamos de Mark Zuckerberg y Facebook como símbolos del *big tech* a Peter Thiel, quien en realidad hizo posible Facebook como primer inversor, entrando a la Casa Blanca de la mano de Donald Trump a preparar la transición. También pasamos de la imagen de un Jeff Bezos “salvando” el *Washington Post* a Elon Musk (viejo socio de Peter Thiel) “tomando por asalto” a Twitter. Thiel, además de empresario que apuesta por nuevas empresas tecnológicas y financieras, es un filósofo que apuesta por nuevos liderazgos culturales y políticos (Chafkin, 2021). Thiel es un hilo conductor entre pensadores, empresarios y líderes como Trump y Milei. Un filósofo sofisticado que ha dicho en más de una oportunidad, “no creo que la libertad y la democracia sean compatibles” (Thiel, 2009).

| 5. El futuro de la democracia

No estamos en 1989 y el fukuyamismo y su triunfalismo democrático-liberal hoy suena extemporáneo. El propio Fukuyama, preocupado, escribe sobre la crisis del ideario liberal contemporáneo producto incluso de una reacción autoinmune (Fukuyama, 2022: 65). ¿Pero qué hacer frente al tsunami de ira pública? ¿Es crisis o metamorfosis de la democracia? Los tsunamis de ira e indignación, de derecha o de izquierda, son una parte más de la conversación pública de masas contemporánea. También son parte de una cierta democratización de la palabra. Por eso es vital intentar comprenderlas e incluso buscar dilucidar qué semillas de verdad tiene cada ola. Asumir esta época como tal, para transformarla o conservarla, implica reconocer que tras la dificultad de satisfacer demandas viene una ola de indignación atrás que forma parte, muchas veces por derecho propio, de la dinámica democrática contemporánea.

La reacción contemporánea nos habla tanto de los peligros y de los resentimientos como de las dificultades para satisfacer demandas materiales y simbólicas. También habla del avejentamiento cada vez más veloz de las élites, a la hora de contener al público mediante la representación política y social, y del agotamiento de los ciclos en general. La ira, como parte de la conversación pública, nos señala el camino de la contención de las nuevas olas para la renovación o el reemplazo de las élites. El futuro de la democracia social parece depender de nuestra capacidad de conectar con nuevas formas de la legitimidad política y la experimentación democrática junto a los valores que inspiraron al florecimiento de la democracia.

Por eso vale la pena volver a leer hoy a Dewey, que tuvo siempre un fuerte interés por el proceso y el precario destino de la democracia en Estados Unidos, más que extrapolable al resto del mundo democrático. Para Dewey la democracia es una forma de vida experimental “algo que ha de llevarse a cabo día a día”. La democracia no era un “conjunto de instituciones, procedimientos formales o incluso garantías legales. Lo que Dewey destaca es la cultura y la práctica cotidiana de la democracia” (Bernstein, 2010: 223). Dewey pensaba particularmente la “experiencia” y el proceso de experiencia como medio y como fin. La filosofía para Dewey tenía menos que ver con una idea de superciencia y más que ver con la visión y la imaginación. Dewey era, como buen pragmatista, un experimentalista. Porque después de todo, “la conversación que vertebrata a la sociedad no es científica, no es recta, no es de unos pocos que saben, sino de muchísimos que no saben pero quieren conversar su ignorancia” (Gerchunoff, 2019: 50).

Siguiendo a Roberto Mangabeira Unger, otro lector de John Dewey (Unger, 2009: 41), podemos imaginar una democracia futura experimentalista y acorde con la era tecnológica que nos toca. Unger también piensa la democracia contemporánea cruzada por la tensión entre élites y público y dice que “en la mayoría de los países, nadie supone que las grandes organizaciones son algo distinto de lo que parecen: herramientas organizacionales de los *insiders*, atemorizados o codiciosos, que tratan de resistir contra todos los *outsiders*” (Unger, 2010: 167). De lo que se trata es de imaginar un régimen que potencie la dimensión experimentalista, de la mano de las nuevas tecnologías, y con todo su carácter disruptivo deberían ser más un puente hacia más democracia que un arma de destrucción masiva institucional.

Hay una sensación de *impasse* o incluso de crisis de la democracia “en sí”. En toda transición vale recordar lo que dice Dewey: “el público que generó las formas políticas desaparece, pero el poder y el ansia de posesión sigue en manos de los funcionarios y las instituciones que el público moribundo instituyó” (Dewey, 2004: 73). Vivimos una época en la que es más fácil estar en contra y hasta tirar abajo un gobierno que gobernar. Nunca fue más fácil armar un partido político y nunca fue más difícil mantener el poder. Somos parte de públicos revoltosos que a veces no saben lo que quieren pero lo quieren ya. Por supuesto que esto en parte no es nuevo. La historia política está atravesada por rebeliones y revoluciones de todo tipo. Deseos e insatisfacciones. También manipulaciones. Pero hoy toca un momento de aceleración. En muchos sentidos, aunque paradójicamente se hable de “crisis de la democracia”, es un tiempo que tiene una dimensión profundamente democrática. Si como dice Dewey la comunicación genera comunidad nunca hubo mayores potencialidades de comunicarse. La disrupción digital en curso está acompañada también por una disrupción popular de participación política novedosa. Hay gente que hoy tiene voz que antes no la tenía y esto genera sensación de desorden y también injusticias. “Los momentos revolucionarios tienen sus excesos” (Borovinsky, 2023b: 9). Grupos subalternos, minorías sexuales, grupos sociales y étnicos relegados, marginales, etc, piden la voz. Esto no quiere decir que estén del mismo lado, de hecho, probablemente choquen no solo contra las élites, sino que choquen entre sí. De lo que se trata es de construir instituciones democráticas que no obstruyan ni eclipsen al público, una comunidad que sea institucional, pero al mismo tiempo pro-transformación y reforma. Como dice Unger una vez más, “necesitamos una serie de formas de coordinación descentralizada, pluralista, participativa y experimental” (Unger, 174: 2010). Porque la respuesta experimentalista y democratizadora no puede ser una defensa “corporativa” del “viejo orden”. Nuestro futuro próximo definirá si lo que estamos experimentando hoy es una crisis terminal o una vitalísima metamorfosis de la democracia.

| Bibliografía

- Ackerman, B. (2010). *The decline and fall of the American republic*. Harvard University Press.
- Bernstein, R. (2010). *Filosofía y democracia: John Dewey*. Herder.
- Bjørkdahl, K. (2024). *The problematic public*. The Pennsylvania State University Press.
- Borovinsky, T. (2023a, junio). Tsunami de ira pública. *Centro de Estudios Sociopolíticos*.
- Borovinsky, T. (2023b). Presentación. En M. Gurri, *La rebelión del público*. Interferencias.
- Borovinsky, T., Plot, M., & Slipak, D. (2024). Milei y los horizontes de lo político: Crisis de régimen y anhelo de clausura de la incertidumbre democrática nos propusimos. En A. Grimson (Comp.), *Desquiciados. Los vertiginosos cambios que impulsa la extrema derecha en el mundo contemporáneo* (pp. xx-xx). Siglo XXI.
- Chafkin, M. (2021). *The contrarian*. Penguin.
- Dewey, J. (2004). *La opinión pública y sus problemas*. Morata.
- Diamond, L. (2015). Facing up to democratic recession. *Journal of Democracy*, 26(1), 141-155.
- Douglas, M., & Wildavsky, A. (1985). *Risk and culture: An essay on the selection of technological and environmental dangers*. University of California Press.
- Fukuyama, F. (1989). ¿El fin de la historia? *The National Interest*, 16, 3-18.
- Galliano, A. (2023). ¿Cómo evoluciona la humanidad bajo el capitalismo? *Nueva Sociedad*. <https://nuso.org/articulo/evolucion-capitalismo-Stiegler/>
- Gerchunoff, S. (2019). *Ironía On. Una defensa de la conversación pública de masas*. Anagrama.
- Gerstle, G. (2022). *The rise and fall of the neoliberal order*. Oxford University Press.
- Gurri, M. (2023). *La rebelión del público* (T. Borovinsky, Trad.). Interferencias.
- Huntington, S. (1991). Democracy's third way. *Journal of Democracy*, 2(2), 12-34.
- Latour, B. (2024). From the illusions of democracy to the realities of its appearances. En K. Bjørkdahl, *The problematic public* (pp. xx-xx). The Pennsylvania State University Press.
- Lippmann, W. (1925). *The phantom public*. Harcourt.
- Lippmann, W. (2020). *A preface to politics*. Wilder.
- Lyman, P., & Varian, H. (2003). *How much information 2003?* University of California at Berkeley. <https://www.ischool.berkeley.edu/research/publications/2003/how-much-information-2003>
- Manin, B. (2006). *Los principios del gobierno representativo*. Alianza.
- Mangabeira Unger, R. (2009). *El despertar del individuo*. Fondo de Cultura Económica.
- Mangabeira Unger, R. (2010). *La alternativa de izquierda*. Fondo de Cultura Económica.
- McLuhan, M. (1998). *La galaxia Gutenberg*. Galaxia Gutenberg.
- Plot, M. (2019). Deconstruyendo la república moderna. Momentos constitucionales y cambio de régimen en los Estados Unidos y Argentina. *Papeles de Trabajo*, 13 (23), 1-18. <https://revistasacademicas.unsam.edu.ar/index.php/papdetrab/article/view/772/709>

- Rorty, R. (1999). *Forjar nuestro país*. Paidós.
- Rosanvallon, P. (2006). Democracia y desconfianza. *Revista de Estudios Políticos (nueva época)*, (134), 9–34.
- Semán, P., & Welschinger, N. (2023). Juventudes mejoristas y el mileísmo de masas. En P. Semán (Comp.), *Está entre nosotros* (pp. xx-xx). Siglo XXI.
- Sloterdijk, P. (2010). *Ira y tiempo*. Siruela.
- Stefanoni, P. (2021). *La rebeldía se volvió de derecha*. Siglo XXI.
- Stiegler, B. (2023). *Hay que adaptarse*. La Cebra.
- Strauss, L. (2011). Las tres olas de la modernidad. En C. Hilb (Comp.), *Leo Strauss: El filósofo en la ciudad* (pp. xx-xx). Prometeo.
- Thiel, P. (2009, abril 13). The education of a libertarian. *Cato Unbound*. <https://www.catounbound.org/2009/04/13/peter-thiel/education-libertarian/>
- Tooze, A. (2018). *Crashed: How a decade of financial crises changed the world*. Viking.
- Žizek, S. (2009). *First as tragedy, then as farce*. Verso.